

La esperanza y la historia en la Ciudad de Dios

RESUMEN:

El libro de la Ciudad de Dios fue pensado mucho antes de ser plasmado con ocasión de la caída de Roma del 410. Ciertamente nos da una visión de la historia condicionada por la polémica y el intento de defensa del Dios cristiano, pero nos ofrece también un proyecto encantador dirigido por la esperanza. La ciudad que tiene a Cristo como rey, va generándose poco a poco hasta llegar a la plenitud y se va realizando paso a paso apoyándose en dos grandes pilares, la esperanza y la historia, que entrelazados peregrinan y completan el gran proyecto soñado. La ciudad de Dios se va construyendo por medio de la Providencia, en convivencia con la ciudad terrena, animada por el amor de Dios.

PALABRAS CLAVE: Esperanza, historia, Ciudad de Dios, Providencia, amor

ABSTRACT:

The book *The City of God* was conceived long before it was written on the occasion of the fall of Rome in 410. It certainly gives us a vision of history conditioned by controversy and the attempt to defend the Christian God, but it also offers us a charming project guided by hope. The city with Christ as its king is gradually generated until it reaches fullness, and is realized step by step, supported by two great pillars: hope and history, which intertwined, travel and complete the great dreamed project. The City of God is built through Providence, in coexistence with the earthly city, animated by the love of God.

KEY WORDS: Hope, history, City of God, Providence, love

1. EL PROYECTO DE LA CIUDAD DE DIOS COMO HISTORIA Y ESPERANZA

Agustín concibe la historia como un camino de elevación del ser humano hacia Dios, donde Cristo es el centro, el criterio hermenéutico y la base de la realización del ser humano. Siempre, y también en La ciudad de Dios, Agustín defiende un futuro mejor guiado por la inquietud y la esperanza. El fundador y el rey de la ciudad de Dios no es otro que Cristo, que a la vez es centro de la historia y el generador de esperanza: “La intención del escritor, por quien obraba el Espíritu Santo, fue llegar a través de ciertas generaciones propagadas de un solo hombre hasta Abrahán, y luego, por su descendencia, hasta el pueblo de Dios. En éste, segregado de los demás pueblos, estarían prefiguradas y anunciadas de antemano todas las cosas que, previstas por el Espíritu, tendrían lugar en relación con la ciudad cuyo reino sería eterno, y con su rey y fundador Cristo. Tampoco se pasaría en silencio la otra sociedad de hombres que llamamos ciudad terrena, en cuanto fuera preciso recordarla, para poner más de relieve la ciudad de Dios con la comparación de su rival” (La ciudad de Dios 15, 8, 1)

El hombre es el centro de interés de la historia, de quien nace, por tanto, es de suma importancia fijarnos en la concepción que tengamos del hombre para entender la historia ya que la antropología está a la base de la historia y de la esperanza. Por ejemplo, el recuerdo y la esperanza con relación al tiempo, concentran para Agustín en el ser humano tanto el pasado como el futuro y se traducen en pasado revivido en el hoy y en dinamismo esperanzado abierto al porvenir. Parece cierto que la clave de la historia y de la ciudad de Dios se encuentra en el propio conocimiento de la persona humana y es que en cada uno está el germen de la ciudad y, por tanto, en el propio individuo se diseña la vida social y los reinos y se va fraguando la historia. Además, la concepción dialéctica de la historia, para Agustín, es paralela a la concepción del orden en el mundo en su armonía de contrarios: “La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden. Y el orden es la distribución de los seres iguales y diversos, asignándole a cada uno su lugar” (La ciudad de Dios 19, 13, 1).

Porque el hombre es un ser “futurible”¹, no podemos por menos de entender la esperanza como una pieza clave en el entramado de la vida que le abre al futuro y a los sueños. Pero el hombre es también, y a la vez, un ser histórico, es decir, vive un proceso humano en las dimensiones espacio temporales y en dinamismo hacia la plenitud. En el momento de la caída de Roma Agustín ofrece una esperanza radical que dinamiza a los decepcionados y deprimidos, alienta a los suyos para que se mantengan fieles y se ejerciten en la fe y la esperanza: “Con toda razón, pues, el alma humana, incluso débil por los deseos terrenos, no acostumbra a esperar sino del único Dios todos los bienes bajos y terrenos, necesarios para esta vida transitoria, que desea en el tiempo, y que son menospreciables en comparación con los beneficios sempiternos de la otra vida, de tal modo que en el deseo de éstos no se aleje del culto de Aquel a quien debe llegar menospreciándolos y apartándose de ellos” (La ciudad de Dios 10, 14).

El hombre se dirige al fin de los tiempos en el devenir de la historia, pero no como un suceder de acontecimientos, sino como un proyecto eterno de Dios que se temporaliza y sigue dirigido por la providencia: “Dios, pues, el autor y dispensador de la felicidad, es quien distribuye los reinos terrenos tanto a buenos como a malos, puesto que Él es el solo Dios verdadero. Y no lo hace a bulto, y como fortuitamente: es Dios y no la Fortuna. Al contrario, lo hace según una ordenación que ha infundido a las cosas y a la sucesión de los tiempos, ordenación oculta para nosotros y sumamente clara para Él. A esta ordenación temporal, sin embargo, Él no está sujeto, sino que es Él quien, como Señor, lo está rigiendo y, como moderador, ordenando” (La ciudad de Dios 4, 33). Evidentemente esto tiene sus repercusiones, ya que el tiempo así es liberado y entra en la dinámica como proyecto del futuro, abierto a Dios, levantando la mirada a lo lejano y apostando por la esperanza: “Así el tiempo de la historia, llamado a desembocar en la eternidad, se corresponde con el de la esperanza: un tiempo que no está hueco ni vacío, como el circular, sino henchido por la plenitud del ésjaton que alberga, un tiempo de itinerancia, como aparece ya desde las primeras líneas de la Ciudad de Dios”².

¹ MARIAS, J., *Antropología filosófica*, Madrid 1970, p. 248.

² GÓMEZ, E., “Homo viator: Lugar de la esperanza en la opción vital agustiniana”, en *Augustinus* 45 (2000) 383-422, 390.

Reflexionar como creyente sobre el progreso de los sucesos humanos permite descubrir la acción de Dios en la historia humana y así se puede leer la historia universal, desde el comienzo (creación), a su final feliz (recapitulación en Dios), como el gobierno universal de la sabiduría de Dios: “habiendo tantas y tan poderosas naciones esparcidas por el orbe de la Tierra con diversos ritos y que se distinguen por la múltiple variedad de lenguas, no existen más que dos clases de sociedades humanas que podemos llamar justamente, según nuestras Escrituras, las dos ciudades. Una, la de los hombres que quieren vivir según la carne, y otra, la de los que pretenden seguir al espíritu, logrando cada una vivir en su paz propia cuando han conseguido lo que pretenden” (La ciudad de Dios 14, 1). Como es evidente, y no puede ser de otra manera, el centro de la historia es el hombre y, por tanto, la historia es universal e intencional y este hombre camina, lentamente, hacia el sábado eterno del descanso en Dios: “Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que habrá al fin, mas sin fin. Pues ¿qué otro puede ser nuestro fin sino llegar al reino que no tiene fin?” (La ciudad de Dios 22, 30, 5).

De hecho, Agustín interpreta la historia desde la esperanza configurada por la fe, de tal manera que “La ciudad celeste, ya vivida desde ahora por los que en la fe se unen a Cristo, da sentido a una esperanza que mueve a encarnar lo que se cree y espera”³. La presencia del ayer y la consumación del mañana, hacen del peregrinar del hoy algo fascinante y entretenido, anhelante e inquietante, y así el discurrir del tiempo no es un mero circular de acontecimientos, sino un hacer temporal lo que es un proyecto eterno, que acontece por y con Dios. No sería mucho decir que la eternidad se hace tiempo en la historia, o mejor, que la historia es la encarnación móvil de lo eterno en el ahora, porque el ahora está empapado de lo que será. Para Agustín la historia puede ser definida como la dialéctica de dos amores que construyen sus respectivas ciudades en el mismo espacio de tiempo: “Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la

³ JIMÉNEZ, J. D., “La dimensión utópica del pensamiento humano en ‘La ciudad de Dios’ de San Agustín”, en *Religión y Cultura* 34 (1988) 335-348, 347.

celestial. La primera se gloría en sí misma; la segunda se gloría en el Señor. Aquélla solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia. Aquélla se engríe en su gloria; ésta dice a su Dios: *Gloria mía, Tú mantienes alta mi cabeza*. La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en la caridad los superiores mandando y los súbditos obedeciendo. Aquélla ama su propia fuerza en los potentados; ésta le dice a su Dios: *Yo te amo, Señor; Tú eres mi Fortaleza*” (La ciudad de Dios 14, 28).

Esto hace del ser humano un peregrino que vive en y de la esperanza, le hace estar en la historia como el que se compromete a llevarla a cabo con un ritmo acelerado y progresivo, es decir, con sentido, en el devenir del tiempo, que no es un nuevo sucederse de hechos, sino un entramado de circunstancias que nos dirigen a un fin concreto, porque la temporalidad está penetrada de eternidad, y se toca lo eterno en el tiempo, siendo la vida misterio y pasión. El tiempo presente así recupera el pasado y remite al futuro, casi anticipándolo, como un gran proyecto⁴. El tiempo no puede reducirse a un acontecer y ha de estar abierto a un porvenir: “El pasado y el futuro se hallan presentes en la subjetividad como recuerdo y esperanza. Memoria de lo que ya no es y anhelo de cuanto aún no ha venido que dinamizan, no obstante, un ahora fugaz. Es precisamente esta transitoriedad lo que nos impide reducir el tiempo a acontecer y nos posibilita el inefable hoy abierto al porvenir”⁵

La historia es el marchar de las dos ciudades en permanente dialéctica, de tal manera que podemos hablar de dos sujetos del curso de la historia como dos orientaciones de amores contrarios: “Pienso, sin embargo, que ya hemos resuelto importantes y difíciles cuestiones acerca del principio del mundo, del alma y del mismo género humano. A éste lo hemos dividido en dos clases: los que viven según el hombre y los que viven según Dios. Y lo hemos designado figuradamente con el nombre de las dos ciudades, esto es, dos sociedades humanas: la una

⁴ Aquí está insinuada la comprensión agustiniana de la memoria que hace presente el pasado para revivirlo y está abierta al futuro para conquistarlo, que es el lugar donde puede anidar la esperanza.

⁵ JIMÉNEZ, J. D., *La dimensión...*, a.c., p. 336.

predestinada a vivir siempre con Dios; la otra, a sufrir castigo eterno con el diablo. Ése es el fin de cada una, del cual se hablará después” (La ciudad de Dios, 15, 1, 1). Las dos ciudades se definen por sus amores, exactamente igual que los seres humanos. Estos amores son como fuerzas que hacen una misma historia y que contienen en sí mismos dos grupos de hombres, con vidas distintas y fines contrarios: “Por fin, para terminar este libro admitamos, no tanto por la fuerza de la evidencia, cuanto en virtud de la presciencia de Dios, que en el primer hombre creado tuvieron origen, junto con el género humano, dos sociedades, a manera de dos ciudades. De este primero procederían por una oculta, pero justa determinación de Dios, dos clases de hombres: unos los que habían de ser compañeros de los ángeles malos en el suplicio, y los otros de los buenos en el premio” (La ciudad de Dios 12, 27, 2).

2. LA OBRA DE LA PROVIDENCIA

Las distintas agrupaciones de hombres existentes, pueden ser reducidas a lo que denominamos dos ciudades que avanzan por la historia guiadas por la providencia, pero solo una es eterna, la ciudad de Dios: “Habiendo tantas y tan poderosas naciones esparcidas por el orbe de la Tierra con diversos ritos y que se distinguen por la múltiple variedad de lenguas, no existen más que dos clases de sociedades humanas que podemos llamar justamente, según nuestras Escrituras, las dos ciudades. Una, la de los hombres que quieren vivir según la carne, y otra, la de los que pretenden seguir al espíritu, logrando cada una vivir en su paz propia cuando han conseguido lo que pretenden” (La ciudad de Dios 14, 1). Es evidente que en este tiempo la ciudad de Dios ha de estar en camino y peregrinación, pero dado que Dios ha introducido lo eterno en lo temporal, la misma historia se desarrolla en la esperanza del futuro. Esto significa que la historia es direccional y está en tensión a la eternidad: “Como dice san Agustín: “El eterno se hizo temporal para hacer a los temporales eternos”. Y este fenómeno de eternidad es el que introduce en el hombre la esperanza: somos seres históricos. Llevamos en las entrañas la esperanza de la eternidad. Tenemos plena conciencia de ser eternos. Esta es la gran paradoja cristiana: el tiempo

y la eternidad se abrazan en el ser histórico que llamamos hombre”⁶. Podemos observar que la inquietud y la esperanza están condimentando maravillosamente esta historia tensionada hacia la eternidad, donde Dios se ha convertido en protagonista principal.

La ciudad de Dios quiere ser la respuesta a una cuestión universal y es que Agustín quiere comprender el desarrollo en conjunto de la humanidad, que es tanto como preguntarse por la historia de la comunidad humana en su tiempo. Pero, dado que esta obra es de un creyente, para él la historia tiene su origen en Dios y termina en Dios. Y, lo que es más grandioso, se realiza bajo la providencia y la atención de Dios y evidencia la esperanza, sin dejar de ser la historia concreta de los hombres. Es cierto que Dios dirige el caminar de la historia, pero el ser humano, por medio de su libertad, sigue actuando o al menos cooperando en el desarrollo de la historia: “Contra esta sacrílega e impía audacia nosotros afirmamos que Dios conoce todas las cosas antes de que sucedan, y que nosotros hacemos voluntariamente aquello que tenemos conciencia y conocimiento de obrar movidos por nuestra voluntad. No decimos que todo suceda por el destino; es más, afirmamos que nada ocurre bajo su influjo” (La ciudad de Dios 5, 9, 3).

El diálogo entre los ciudadanos de la ciudad de Dios y de la ciudad terrena se realiza en el camino, aunque son dos formas de vivir, la celeste que vive el hoy de lo que vendrá y la terrestre que se enraíza en lo caduco⁷. Ante las dudas a raíz del 410 Agustín afirma que oculta en el acontecer histórico está la providencia de Dios. Detrás de todo acontecer está Dios que vela por nosotros y no nos deja de su mano y esto nos da seguridad y esperanza: “Con todo, la paciencia de Dios está invitando a la conversión a los malos, y el azote de Dios a los buenos les enseña la paciencia. Asimismo, la misericordia de Dios rodea amorosamente a los buenos para animarlos, y la severidad de Dios corrige a los malos para castigarlos. Plugo a la divina Providencia disponer para la otra vida bienes a los buenos que no disfrutarán los pecadores, y males a los impíos que no atormentarán a los justos. Sin embargo, ha querido que estos bienes y males pasajeros fueran comunes a todos

⁶ Cf. OROZ RETA, J., “La esperanza cristiana en la ciudad de Dios. Última lección académica”, en *Augustinus* 38 (1993) 49-76, 70.

⁷ Cf. JIMÉNEZ, J. D., “La dimensión utópica..., a.c., p. 345.

para que no se busquen ansiosamente los bienes que vemos en posesión también de los malos ni se huya, como de algo vergonzoso, de los males que con mucha frecuencia padecen incluso los buenos” (La ciudad de Dios 1, 8, 1).

Estamos legitimados a hablar del Padre providente porque experimentamos en nuestro caminar el consuelo de Dios y la esperanza en la peregrinación: “Ya tiene, pues, la familia entera del sumo y verdadero Dios su propio consuelo, y un consuelo no falaz ni fundamentado en la esperanza de bienes tambaleantes o pasajeros. Ya no tiene en absoluto por qué estar pesarosa ni siquiera de la misma vida temporal, puesto que en ella aprende a conseguir la eterna, y, como peregrina que es, hace uso, pero no cae en la trampa, de los bienes terrenos; y en cuanto a los males, o es en ellos puesta a prueba o es por ellos corregida” (La ciudad de Dios 1, 29). Agustín parece insinuarnos que el hombre, que vive en sociedad, aspira siempre a ser ciudadano, es decir, a configurar una ciudad desde sus opciones y amores: “Más bien, cuando la familia de aquel hombre se hizo tan numerosa que tuvo ya las características de un pueblo, fue el momento propicio para fundar una ciudad y darle el nombre de su primogénito” (La ciudad de Dios 15, 8, 2).

Parece claro que el auténtico señor de la historia es Dios, pero esto no quiere decir que la historia no nazca con el hombre. Sin que nosotros lo sepamos Dios pone en el hombre sus dones en semilla para que las dejemos germinar, pero pone también la pausa para que no nos precipitemos, pone su música y sus sílabas y sus palabras, pone su modulación y su cántico de las cosas. Todo está artísticamente dirigido por la mano de nuestro Dios: “No podemos percibir la razón, pero, si pudiéramos, su percepción nos llenaría de inefable dulzura. No en vano dijo acerca de Dios el profeta algo que había aprendido por inspiración divina: *El cual crea el cosmos con armonía*. Por eso la largueza de Dios otorgó a los mortales que tienen almas racionales la música, es decir, la ciencia o la sensibilidad para modular, a fin de enseñarnos una gran cosa. El artista que compone un poema sabe qué tiempos da a cada voz para que su canción se deslice y corra bellamente en sonidos que cesan, preceden y suceden. Con mejor motivo, Dios no permite que vayan pasando con mayor prisa o lentitud que la exigida por una modulación prevista y predeterminada los espacios temporales en esas naturalezas que nacen o mueren. Como las sílabas y las palabras, son

partículas de este siglo en el admirable cántico de las cosas que pasan. Es que la sabiduría divina, por la que fueron creadas todas las cosas, es muy superior a todas las artes. Todo eso podría decirlo yo de la hoja del árbol y del número de nuestros cabellos. ¿Cuánto mejor podré decirlo del nacimiento y muerte de los hombres, cuya vida temporal no se abrevia o prolonga más de lo que Dios, organizador de los tiempos, sabe que conviene al orden del universo?” (Carta 166, 13).

3. CONSTRUYENDO LA CIUDAD DE DIOS

El fin primero de la historia es la construcción de la ciudad de Dios, pero Dios no deja al hombre a su suerte, aunque respeta su libertad y el bien y el mal serán también protagonistas porque la historia es conquista y camino. Todo el dinamismo de la ciudad de Dios lo lleva a término el mismo Cristo que acompaña la historia en su peregrinación y acompaña a sus ciudadanos. Cristo viene a dar dinamismo en este camino y a iluminar la peregrinación con la esperanza: “Habrá verdadera gloria allí donde nadie será alabado por error o adulación de quien alaba. No se dará el honor a ningún indigno donde no se admitirá sino al digno. Habrá paz verdadera allí donde nadie sufrirá contrariedad alguna ni por su parte ni por parte de otro. Será premio de la virtud el mismo que dio la virtud y de la que se prometió como premio Él mismo, que es lo mejor y lo más grande que puede existir... Así, en efecto, se entiende rectamente lo que dice el Apóstol: *Dios lo será todo para todos*. Será meta en nuestros deseos Él mismo, a quien veremos sin fin, amaremos sin hastío, alabaremos sin cansancio. Este don, este afecto, esta ocupación será común a todos, como lo es la vida eterna” (La ciudad de Dios 22, 30, 1).

Para Agustín mirar hacia arriba no implica nunca desentenderse de abajo, aunque parezca que lo de arriba roba toda la atención, no se puede contemplar sin trabajar, no se puede trabajar sin contemplar, porque el ser humano, para lograr ser auténtico y radical, ha de ser contemplativo en la acción y activo en la contemplación. Vivimos en un mundo en construcción donde hemos de empeñarnos en que tenga mayor capacidad de habitabilidad: “Ésta es la gloriosísima Ciudad de Dios; ésta es la que conoce y adora a un solo Dios; ésta es la que

anunciaron los santos ángeles, que nos han invitado a formar parte de la sociedad de ella, y quisieron que fuéramos conciudadanos suyos en ella. Y no quieren que les demos culto como dioses nuestros, sino que con ellos se lo demos al Dios suyo y nuestro; ni tampoco que le ofrezcamos sacrificio, sino que con ellos seamos sacrificio para Dios” (La ciudad de Dios 10, 25).

La esperanza, si es auténtica, reclama acción porque es constructora de la ciudad futura ya en el presente estadio. Pero esta ciudad futura no es otra que la ciudad de Dios, con todo lo que ello lleva consigo: “Esta ciudad celeste, durante el tiempo de su destierro en este mundo, convoca a ciudadanos de todas las razas y lenguas, reclutando con ellos una sociedad en el exilio, sin preocuparse de su diversidad de costumbres, leyes o estructuras que ellos tengan para conquistar o mantener la paz terrena. Nada les suprime, nada les destruye. Más aún, conserva y favorece todo aquello que, diverso en los diferentes países, se ordena al único y común fin de la paz en la tierra. Sólo pone una condición: que no se pongan obstáculos a la religión por la que –según la enseñanza recibida– debe ser honrado el único y supremo Dios verdadero” (La ciudad de Dios 19, 17). El ser humano puede y debe ser definido por lo que ama, de tal manera que cada uno es lo que es su amor y lo mismo podemos decir, sin peligro de equivocarnos, de los pueblos y las culturas, son lo que son sus amores o sus intereses: “lógicamente, para saber qué clase de pueblo es debemos mirar qué intereses tiene. No obstante, sean cualesquiera sus intereses, si se trata de un conjunto no de bestias, sino de seres racionales, y está asociado en virtud de la participación armoniosa de los bienes que le interesan, se puede llamar pueblo con todo derecho. Y se tratará de un pueblo tanto mejor cuanto su concordia sea sobre intereses más nobles, y tanto peor cuanto más bajos sean éstos” (La ciudad de Dios 19, 24).

Con frecuencia nuestras reflexiones solo nos lleva a insinuaciones y cuestiones a plantear, nos invita a seguir profundizando y a no dar por concluido ningún campo abierto: “Si se solicita una exposición más detallada de esto, se originarían muchas y variadas discusiones capaces de llenar más volúmenes de los que exigen esta obra y el tiempo, y no disponemos de tanto como para poder demorarnos en lo que pueden solicitar los ociosos y meticulosos, más dispuestos a preguntar que capacitados para comprender” (La ciudad de Dios 15, 1, 1). Las

dos ciudades tienen dos amores y constituyen dos dinamismos muy diferentes en su orientación. A fin de cuentas, las dos ciudades son sencillamente dos grupos en la humanidad que se dirigen a fines distintos: “Lo mismo sucede en el linaje humano: tan pronto como comenzaron estas ciudades a dilatarse por los nacidos y los muertos, nació primero el ciudadano de este mundo, y después el peregrino en el mundo, perteneciente a la ciudad de Dios, predestinado por la gracia y por la gracia elegido, peregrino con la gracia aquí abajo, y ciudadano por la gracia allá arriba... Se dijo de Caín que había fundado una ciudad, y, en cambio, Abel, como peregrino, no la fundó. La ciudad de los santos es, en efecto, la celeste, aunque aquí da a luz a sus ciudadanos, en los cuales es peregrina, hasta que llegue el tiempo de su reino. Entonces los reunirá a todos, resucitados en sus cuerpos, dándoles el reino prometido. En él reinarán sin límites ya de tiempo, con su soberano, el Rey de los siglos” (La ciudad de Dios 15, 1, 2).

¿No serán también intercambiables los amores y las esperanzas o las pretensiones? Quiero decir que lo mismo que decimos que dos amores han construido dos ciudades podríamos decir dos pretensiones o esperanzas son las que han hecho posible las dos ciudades. De hecho, José Oroz, así parece que lo entiende cuando dice: “Y si es verdad que dos amores han fundado dos ciudades, también podríamos traducir su pensamiento de esta manera: dos esperanzas han construido dos ciudades. Las esperanzas terrenas construyen una ciudad temporal, fundada toda ella en la búsqueda de una felicidad volátil y pasajera. La esperanza cristiana constituye una ciudad celestial, donde se busca la gloria de Dios y la salvación de los hombres, sin dejar por eso de trabajar para conseguir la paz temporal, que es el ideal común... Tanto más que la esperanza cristiana no excluye otras esperanzas humanas naturales y buenas, orientadas directamente al bienestar de las personas. Así, el cristiano con una mano puede edificar la ciudad de Dios y con otra edificar y embellecer la ciudad de los hombres, mediante la paz universal”⁸.

Claro que esta no es una afirmación gratuita y por inventar algo, sino que, aunque no está dicha expresamente, sí puede deducirse por

⁸ OROZ RETA, J., “La esperanza cristiana”, *a.c.*, pp. 65-66.

estar insinuada, por el mismo Agustín: “Así, puestas ante nosotros estas dos ciudades, una en las realidades de este mundo, otra en la esperanza de Dios, como salidas ambas de la puerta común de la mortalidad abierta en Adán, para lanzarse a recorrer los fines propios asignados a cada una, entonces es cuando comienza el cómputo de los tiempos. En esta enumeración se añaden otras generaciones, recapitulándolas desde Adán, desde cuya descendencia condenada, como de masa única entregada a merecida condenación, hizo Dios a unos objetos de ira para afrenta, a otros objetos de misericordia para su honor. Y dio a aquéllos lo que se merecen en el castigo, y a éstos en la gracia lo que no se les debe, a fin de que por la misma comparación de los vasos de ira aprenda la ciudad celeste, peregrina en la tierra, a no confiar en su libre albedrío, sino a tener esperanza en invocar el nombre del Señor Dios. Pues la voluntad, que ha sido creada naturalmente buena, pero también mudable, por ser de la nada, por el Dios bueno, el inmutable, puede apartarse del bien para hacer el mal, que se hace por el libre albedrío, y puede también apartarse del mal para hacer el bien, que no puede hacer sino con el auxilio divino” (La ciudad de Dios 15, 21).

4. CONVIVENCIA DE LAS DOS CIUDADES

Las dos ciudades conviven y se entremezclan en un mismo tiempo y en una misma historia, aunque tengan fines distintos y esperanzas diferentes. Todos somos arrieros y en el camino nos encontramos sin conocer demasiado cómo somos y qué talante tendremos; portamos semillas de eternidad, aunque escondidas. En el misterio en el que nos vamos realizando somos enemigos y futuros amigos o amigos y ocultos enemigos, pero que de nadie debemos desesperar: “Estas y otras semejantes respuestas, y posiblemente con más elocuencia y soltura, podrán responder a sus enemigos los miembros de la familia de Cristo, el Señor, y de la peregrina ciudad de Cristo Rey. Y no deben perder de vista que entre esos mismos enemigos se ocultan futuros compatriotas, no vayan a creer infructuoso el soportar como ofensores a los mismos que quizá un día los encuentren proclamadores de su fe. Del mismo modo sucede que la ciudad de Dios tiene, entre los miembros que la integran mientras dura su peregrinación en el mundo, algunos que es-

tán ligados a ella por la participación en sus misterios y, sin embargo, no participarán con ella la herencia eterna de los santos. Unos están ocultos, otros manifiestos. No dudan en hablar, incluso unidos a los enemigos, contra Dios, de cuyo sello sacramental son portadores. Tan pronto se encuentran entre la multitud pagana, que llena los teatros, como entre nosotros en las iglesias. No hay por qué desesperar en la enmienda de algunos, incluso de estos últimos, mucho menos cuando entre nuestros enemigos más declarados se ocultan algunos predestinados a ser nuestros amigos, y que ni ellos mismos lo saben. Entrelazadas, de hecho, y mezcladas mutuamente están estas dos ciudades, hasta que sean separadas en el último juicio" (La ciudad de Dios 1, 35).

Es cierto que cada ciudad tiene su ritmo y sus rasgos opuestos entre sí y tienen, por supuesto, sus amantes y las dos construyen una misma historia desde muy diversos puntos de vista: el amor de Dios y el amor de sí diseñan la ciudad de Dios y la ciudad terrena y aglutinan a dos tipos de hombres diferenciados por sus maneras de vivir, pero que viven entrelazadas y juntas: "Con estos y otros testimonios semejantes, cuya enumeración resultaría prolija, sabemos que hay una ciudad de Dios, cuyos ciudadanos deseamos nosotros ser, movidos por el amor que nos inspiró su mismo Fundador. A este Fundador de la ciudad santa anteponen sus dioses los ciudadanos de la terrena, ignorando que Él es Dios de dioses, no de dioses falsos, esto es, impíos y soberbios. Privados éstos de la luz inmutable y común a todos, y reducidos por ello a un poder oscuro, persiguen su crédito particular, solicitando de sus engañados súbditos honores divinos. Él, al contrario, es Dios de los dioses piadosos y santos, que hallan sus complacencias en estar sometidos a uno solo, más que en tener a muchos sometidos a sí, y en adorar a Dios más que en ser adorados como dioses" (La ciudad de Dios 11, 1).

Estamos afirmando que los ciudadanos de la ciudad de Dios se juntan en el camino con los ciudadanos de la otra ciudad y ambos fomentan su paz. Como es lógico los ciudadanos de ambas ciudades caminan juntos, aunque cada uno busque sus propios fines, porque la ciudad terrena también tiene sus fines, aunque no se proyectan hacia Dios: "La ciudad terrena, que no será eterna (después de su condenación al último suplicio ya no será ni ciudad), tiene aquí abajo un cierto bien, tomando parte en la alegría que pueden proporcionar estas

cosas... No se puede decir justamente que no son verdaderos bienes los que ambiciona esta ciudad, siendo ella en ese su género humano mejor. Busca cierta paz terrena en lugar de estas cosas ínfimas, y desea alcanzarla incluso con la guerra” (La ciudad de Dios 15, 4).

Las dos ciudades se entrelazan en el hoy, es decir, los hombres, según las opciones que hagan, se diferencian: unos sin considerar su realidad de peregrinantes, los otros siendo fieles a su condición depositando su esperanza en Dios. Evidentemente “los ciudadanos celestes que viven todavía en la tierra, aspiran a los bienes del cielo porque esta misma realidad futura, vivida ya en esperanza, dinamiza su situación actual”⁹.

En las dos ciudades residen dos amores que implican dos dinamis-mos y diferentes fines. La historia de la humanidad se rige por el enfrentamiento ideológico de las dos ciudades y el hombre es la medida de la sociedad y de la historia: “Pues bien, lo que hemos dicho de dos hombres lo podemos aplicar a dos familias, dos pueblos, dos reinos. Salvando las distancias, podremos deducir con facilidad dónde se encuentran las apariencias y dónde la felicidad” (La ciudad de Dios 4, 3). Aquí podemos encontrar la razón por la que Agustín divide la historia con las mismas etapas de la vida humana: “Como la de cualquier hombre, así la recta erudición del género humano, que pertenece al pueblo de Dios, se desarrolla a través de ciertas etapas de tiempos, como en edades escalonadas. Así se levanta de lo temporal a la consecución de lo eterno, y de las cosas visibles a las invisibles” (La ciudad de Dios 10, 14).

En los contrastes entre los dos amores va avanzando la historia bajo la mirada y la mano de Dios mismo, como si se introdujese un ritmo de progreso, etapa a etapa, hasta la meta que es Cristo, presente en la historia, que ofrece a sí mismo un dinamismo original al proceso histórico. Ahora, en el hoy, estamos en el tiempo de la esperanza y la peregrinación hacia la patria: “y después hasta un tiempo determinado, según era preciso designar, por las generaciones citadas, el curso de la gloriosísima ciudad exiliada en este mundo y peregrina hacia la patria celeste” (La ciudad de Dios 15, 15, 1). Peregrinar siempre

⁹ JIMÉNEZ, J. D., “La dimensión utópica...”, *a.c.*, p. 347.

hace referencia a esperanza, pero nunca la esperanza va sola, siempre está acompañada por la fe y la caridad: “La idea de peregrinación es la más madura tematización de la originaria dialéctica agustiniana de fe y búsqueda. La fe abre a la historia sobre un misterio de muerte y resurrección, de libertad y de gracia, de salvación y de perdición, poniendo la búsqueda ante el enigma del equilibrio constitutivo del hombre, cuya nostalgia de paz remite al principio ontológico de una vocación que pide ser radicalmente liberada”¹⁰. El hombre peregrino intentará siempre reconciliar tiempo y eternidad, poniendo la historia bajo el signo de la esperanza: “En la esperanza, efectivamente, vive el hijo de la resurrección; vive en la esperanza mientras peregrina aquí la ciudad de Dios, engendrada en la fe de la resurrección de Cristo” (La ciudad de Dios 15, 18).

5. FINALIZANDO

La ciudad de Dios, la obra magna de Agustín, puede considerarse como la primera verdadera teología de la historia. En ella se plantea la victoria final que será de Cristo, es decir, del bien donde culminará la historia humana y será también la culminación de la historia de la salvación.

La clave histórica que nos dice cuál es la vida de las personas y de los pueblos está bien identificada y no es otra que el amor, que armoniza la convivencia y la dinamiza intencionalmente y abre y cierra el horizonte histórico. Volvemos a recordar que los seres humanos forman una comunidad cuando tienen amores comunes: “Pero si la realidad «pueblo» la definimos de otra manera, por ejemplo: «Es el conjunto multitudinario de seres racionales asociados en virtud de una participación concorde en unos intereses comunes»” (La ciudad de Dios 19, 24). Para conocer lo que es un pueblo hemos de saber qué intereses tiene. La visión cristiana de la historia se centra en el planteamiento de los dos amores que forman las dos ciudades.

¹⁰ SIERRA, S., “Dinamismo...”, *a.c.*, p. 324.

El ser humano ha de participar en los bienes de Dios para superar la infelicidad y, en concreto, uniéndose a Cristo Salvador: “Ésta es la gloriosísima Ciudad de Dios; ésta es la que conoce y adora a un solo Dios; ésta es la que anunciaron los santos ángeles, que nos han invitado a formar parte de la sociedad de ella, y quisieron que fuéramos conciudadanos suyos en ella. Y no quieren que les demos culto como dioses nuestros, sino que con ellos se lo demos al Dios suyo y nuestro; ni tampoco que le ofrezcamos sacrificio, sino que con ellos seamos sacrificio para Dios” (La ciudad de Dios 10, 25). En Cristo nace y se manifiesta nuestra esperanza, en Él que es el Señor de la historia. De la grandeza de su resurrección todo se puede esperar: “*Como, pues, hubiese Jesús tomado el vinagre, dijo: Está cumplido. ¿Qué sino lo que la profecía había predicho tanto antes? Después, porque no había quedado nada que aún fuese preciso que se hiciera antes de morir, realizado lo que aguardaba que se realizase, cual ese que tenía potestad para deponer su alma y para tomarla de nuevo, inclinada la cabeza, entregó el espíritu. ¿Quién duerme cuando quisiere, como Jesús murió cuando quiso? ¿Quién depone su vestido cuando quisiere, como él se desnudó de la carne cuando quiso? ¿Quién se va cuando quisiere, como él falleció cuando quiso? ¡Cuán de esperar o de temer es la potestad de quien juzgará, si la del moribundo se mostró tan grande!*” (Comentario a Juan 119, 6).

Nadie sabe la fecha final, pero esto, en el cristiano, supone una gran esperanza y un gran amor a la venida del Señor. El triunfo de Cristo consuma la historia de las dos ciudades. Agustín parece que, con la luz de la razón y la fe, trate de iluminar su concepción de la historia y su andadura en esperanza, alumbrando una filosofía y una teología de la historia o, dicho de otra manera, una historia sapiencial, que adquiere inteligibilidad desde los dos ángulos, filosófico y teológico. La historia con principio y fin es irrepetible y progresiva porque parte y se orienta a Dios en un curso único que se abre en esperanza a la eternidad.

SANTIAGO SIERRA RUBIO, OSA